

Libros de la infancia

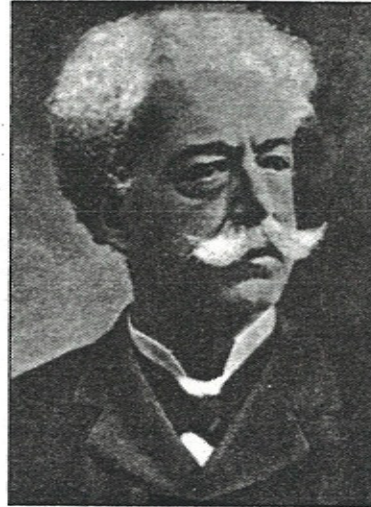
8-XI-96

Reconozco que los niños de hoy tienen mayores estímulos para desarrollar su imaginación y creatividad que los de mi generación. Los de ahora suelen manejar con habilidad los computadores, y el Internet y la televisión por cable los insertan en el mundo convertido ya en una gran aldea. Pero lo que los niños de hoy han ganado en un aspecto lo han perdido en otro. Expuestos a los "efectos especiales" de la cinematografía actual, que exaltan la violencia y la destrucción, expuestos a la exhibición de pasiones morbosas y a la inteligencia artificial que les ofrece la cibernética, desconocen o no valoran ese mundo de aventuras inocentes o de tierna sensibilidad que nosotros, los que ya nos trepamos por los peligrosos senderos de la tercera edad, conocimos y amamos en nuestras lecturas infantiles.

He pasado revista a los libros que más me impresionaron en los primeros años de mi vida, recordando el placer que me proporcionaron, volviendo a sentir esa emoción especial que sentía al abrirlos y leer

sus primeras páginas.

El primero que se me viene a la memoria no es un libro, sino una colección. Aquella que narraba las aventuras de Tarzán de la Selva. Eran unos libros cuyas rústicas tapas estaban coloreadas con imágenes que hacían volar mi imaginación. Desde entonces, para mí, Africa es la selva que habitaba Tarzán, amigo de los animales y enemigo de los mercenarios que pretendían cazarlos y traficar con ellos. Los 20 tomos de Tarzán los leí una y otra vez, reconstruyendo en mi imaginación los personajes y escenarios de la novela de mi predilección. Cuando me llevaron al cine a ver la primera película sobre Tarzán, interpretada por Johnny Weismüller, sufrí un desencanto atroz. Ese no era "mi" Tarzán, ni "mi" Africa ni "mi" mona Chita. Debía pasar mucho tiempo antes de que me diera cuenta de que toda novela era reconstruida en la mente de cada lector, que cada uno tiene su propia versión de la realidad física de los personajes, paisajes y situaciones que el novelista crea, y que toda versión cinematográfica de una novela necesariamente



Edmondo de Amicis

Lo que los niños de hoy han ganado en un aspecto, lo han perdido en otro: desconocen el mundo de aventuras inocentes que conocimos y amamos en nuestras lecturas infantiles.

deberá traicionar la versión que cada lector se forjó de acuerdo con su sensibilidad propia.

Una Navidad me trajo de regalo otro libro que amé de niño. Se llamaba "Heidi" y las aventuras de aquella niña con su abuelo me producían una emoción de la que un niño de ahora se reiría a carcajadas. Es que en "Heidi", por lo que yo recuerdo, imperaban la bondad y el amor, sentimientos estos que hoy día no parecen estar en boga.

De un corte semejante a "Heidi" era otro de mis libros preferidos: "Corazón", de De Amicis. El libro consistía en una sucesión de relatos protagonizados por niños. Mi favorito era uno que se llamaba "Garrón". En mis fragmentados recuerdos de "Corazón" no advierto ni un asomo de truculencia. Por el contrario, todos los personajes que poblaban sus páginas eran seres que se empeñaban por salir de la pobreza, que actuaban noblemente, que se ayudaban entre sí para superar las desgracias que a algunos les acontecían.

No puedo menos que preguntarme cuánta

influencia tuvieron en mi formación ética todos esos libros que leía y releía con avidez. De lo que sí estoy seguro es que ellos despertaron mi imaginación y desde entonces, desde mi niñez, nació y fue creciendo una vocación que me llevaría también a mí a intentar escribir historias como las de mis autores favoritos en esa edad.

No puedo aceptar lo que dicen voces agoreras, en el sentido de que el hábito de la lectura se está perdiendo. Si así fuera, querría decir que los niños de hoy, absorbidos por las reproducciones mecánicas que les ofrecen el cine y la televisión, están perdiendo lo mejor que puede ofrecer la edad infantil: el crear su propio mundo a través de los estímulos que despierta la lectura, el navegar no en el Internet sino en los propios sueños, el ir descubriendo el mundo lentamente, de a poco, con la parsimonia que es propia de la lectura y no con las centellantes imágenes que les ofrece el televisor y que no dan tiempo ni para la reflexión ni para la ensoñación.